



manuel olimón nolasco

historiador

LA SEÑAL DEL CRISTIANO ES LA CRUZ.¹

Pbro. Manuel Olimón Nolasco

A lo largo de la historia, teólogos, predicadores y poetas cristianos han puesto en relieve que la cruz, signo de ignominia (o sea que ni siquiera se podía nombrar ig-nomen por ser la forma más infamante de la pena de muerte), aun transformada en signo de gloria, no ha dejado de ser de contradicción. Serían muchos los ejemplos, de todas las épocas, de controversias suscitadas por su causa, pues en su sencillez y silencio se contiene, como lo comprendió San Benito y los primeros evangelizadores de América al situarla en el centro de los espacios sagrados, el "eje del mundo", mismo que, al señalar hacia un Creador y un Redentor, suscita la envidia del diablo y provoca miedo en espíritus pusilánimes, a pesar de que se oculten detrás del poder.

Podemos hacer memoria histórica del retiro de los crucifijos de juzgados, escuelas y oficinas públicas que en el siglo XIX mexicano casi no suscitó disputa, pero que resistió en Alemania la "guerra cultural" ("kulturkampf") de Bismarck y los intentos de Hitler y su régimen. En fechas más recientes, está la prohibición en las escuelas públicas francesas de su uso sobre el pecho, aunque se disfrazó de "igualdad" al prohibirse también el velo islámico y la "kipá" judía.

No obstante, la noticia de una controversia recentísima en el seno de la Iglesia luterana de Suecia, país al que el año entrante irá el Papa Francisco con motivo del quinto centenario de la reforma protestante, me ha llamado especialmente la atención por el hecho mismo y la rara argumentación utilizada. La narro y comento.

¹ Para *Cultura cristiana*.

Después del bárbaro asesinato en Francia del Padre Jacques Hamel el 26 de julio de 2016, Anikka Borg y otras dos pastoras de la Iglesia, lanzaron en las redes sociales la campaña llamada "Mi cruz", invitando a llevar de modo visible ese signo como manifestación de solidaridad con los cristianos perseguidos en el mundo. Más de 8,000 personas se unieron casi de inmediato a la campaña, pero algunas autoridades de la comunidad protestante consideraron que este movimiento "incita el odio y la guerra de religiones". El encargado de la comunicación de la Iglesia la calificó como "provocadora y no cristiana" y la cabeza del luteranismo sueco, Antje Jackelen, la criticó de modo enfático pues consideró "que responder a la amenaza terrorista con una invitación a una 'guerra cultural' sería fatal". No obstante, desde donde menos podía esperarse una reacción positiva, ésta llegó: Christer Sturmack, portavoz de los "humanistas ateos", conocido por su militancia anticlerical, se unió a la campaña y anunció que llevará ostensiblemente una cruz. Sus palabras fueron: "En una sociedad civilizada es necesario defender las propias causas. Yo soy generalmente crítico de los cristianos y de la manera como se practica el cristianismo, pero me siento solidario con quienes son perseguidos".

¿Llevar una cruz visible es fomentar una "guerra cultural"? ¿Se incita así el odio y la guerra de religiones? ¿Es una campaña provocadora y no cristiana? Tales afirmaciones no merecen ni siquiera el beneficio de la duda: son absurdas y ofensivas.

Detrás de las extrañas posturas oficiales de la Iglesia luterana me pareció encontrar una actitud muy distinta a la que se ha expresado en el mundo entero acerca de que, frente a las amenazas terroristas no hay que ceder al miedo. Al rechazar un signo exterior de paz, se cede al miedo. Veo también un riesgo más propio del protestantismo pero del que no hemos de considerarnos inmunes los católicos, sobre todo después de las advertencias del Papa Benedicto XVI sobre el nominalismo y el relativismo: que cristiano sea un mero nombre, una cuestión individual sin repercusiones sociales y que no se considere "políticamente correcto" manifestar una convicción como la que, en pleno mundo secularizado, expresa la cruz. Por algo el sentido de fe del pueblo de Dios habla de que ante esa señal huye el mal y el Maligno y que al persignarnos recibimos la bendición y en cierto modo exorcizamos nuestros pensamientos, palabras e intenciones. Con ella iniciamos la jornada y con ella la terminamos. La cruz no es señal de violencia, pero tampoco de indiferencia; por eso provoca miedo y es signo de contradicción.

Sabemos que muchos se han hecho santos y han llegado al martirio meditando en la cruz y asumiéndola como instrumento de compromiso: su brazo vertical es, como la escala de Jacob,

vínculo entre la tierra y el cielo; el horizontal nos hace hermanos. No tenemos que ir muy lejos en el tiempo: Santa Teresa Benedicta de la Cruz, Edith Stein, mujer de elevada estatura intelectual que experimentó en carne propia crisis de incredulidad y nunca renegó del pensamiento abstracto, encontró en ese signo salvífico la serenidad y la entrega aun en el horror del campo de exterminio de Auschwitz.

Conviene preguntarnos: ¿Hasta qué punto afirmamos vitalmente, en medio del mundo de hoy, lo que por siglos enseñó el catecismo del Padre Ripalda: "la señal del cristiano es la cruz"?

NOTA.- La noticia de la controversia en Suecia la obtuve en el periódico católico francés La Croix, 19 de agosto de 2016.